LIBROdot.com

Pedro Antonio de Alarcón

La Buenaventura

No sé qué día de agosto del año 1816 llegó a las puertas de la Capitanía General
de Granada cierto desarrapado y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido o sobrenombre Heredia, caballero en un flaquísimo y destartalado burro mohino, cuyos arneses se reducían a una soga atada al pescuezo, y, echado que hubo pie a tierra, dijo con la mayor frescura que quería ver al Capitán General.

Excusado es decir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia
del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los edecanes, antes de llegar a conocimiento del Excmo. Sr. D. Eugenio Portocarrero,
Conde de Montijo, a la sazón Capitán General del antiguo reino de Granada... Pero como este prócer era hombre de muy buen humor y tenía muchas noticias de
Heredia, célebre por sus chistes, por sus cambalaches y por su amor a lo ajeno... con permiso del engañado dueño, dio orden de que dejasen pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de Su Excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y, poniéndose de rodillas, exclamó:

-¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de toitico el mundo!

-Levántate: déjate de zalamerias y dime qué se te ofrece... -respondió el Conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también serio, y dijo con mucho desparpajo:

-Pues, señor, vengo a que se me den los mil reales.

-¿Qué mil reales?

-¡Los ofrecidos hace días, en un bando, al que presente las señas de Parrón.

-¡Pues qué! ¿Tú lo conocías?

-No, señor.

-Entonces...

-Pero ya lo conozco.

-¡Cómo!

-Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas y pido mi ganancia.

-¿Estás seguro de que lo has visto? -exclamó el Capitán General con un interés que se sobrepuso a sus dudas.

El gitano se echó a reír, y respondió:

-¡Es claro! Su merced dirá: «Este gitano es como todos y quiere engañarme ¡No me
perdone Dios si miento! Ayer vi a Parrón.

-Pero ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se
persigue a ese monstruo a ese bandido sanguinario que nadie conoce ni ha Podido
nunca ver? ¿Sabes que todos los días roba, en distintos puntos de estas sierras a algunos pasajeros Y después los asesina; pues dice que los muertos no hablan Y
que ése es el único medio de que, nunca dé con él la Justicia? ¿Sabes, en fin, que ver a Parrón es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió a reír, y dijo:

---¿Y no sabe su Merced que lo que no puede hacer un gitano no hay quien lo haga
sobre la tierra? ¿Conoce nadie cuándo es verdad nuestra risa o nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros
Repito, mi general, que, no sólo he visto a Parrón sino que he hablado con él.

-¿Dónde?

-En el camino de Tózar

-Dame pruebas de ello.

-Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en
poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien y me llevaron por unos barrancos
endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos Una cruel
sospecha me tenía desazonado. «¿Será esta gente de Parrón? (me decía a cada instante). ¡Entonces no hay remedio, íMe matan! Pues ese maldito se ha empeñado
en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan a ver cosa ninguna.

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de
macareno con mucho lujo, Y, dándome un golpecito en el hombro Y sonriéndome con
suma gracia, me dijo:

-Compadre, ¡yo soy Parrón!

Oír esto Y caerme de espaldas todo fue una misma cosa.

El bandido se echó a reír.

Yo me levanté desencajado; me use de rodillas, Y exclamé en todos los tonos de

voz que pude inventar:

-¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres ¿Quién no había de conocerte por ese
porte de príncipe real que Dios te ha dado? Y que haya madre que para tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que en mal hora muera sino
tenía gana de encontrate el gitanico para decirte la buenaventura Y darte un beso en esa mano de emperador! ¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te
enseñe a cambiar burros muertos por burros vivos ¿Quieres vender como potros tus
caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés a una mula?

El Conde de Montijo no pudo contener la risa... Luego preguntó:

-Y ¿qué respondió Parrón a todo eso? ¿Qué hizo?

-Lo mismo que su merced: reírse a todo trapo.

-¿Y tú?

-Yo, señorico, me reía también, pero me corrían por las patillas lagrimones como
naranjas.

-Continúa.

-En seguida me alargó la mano, y me dijo:

-Compadre: es usted el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos
los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo usted me ha
hecho reír, y si no fuera por esas lágrimas...

-¡Qué, señor! ¡Si son de alegría!

-Lo creo. ¡Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reído desde

hace
seis u ocho años! Verdad es que tampoco he llorado... Pero despachemos. ¡Eh! ¡Muchachos!

Decir Parrón estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fue un abrir y
cerrar de ojos.

-¡Jesús me ampare! -empecé a gritar.

-¡Deteneos! -exclamó Parrón---. No se trata de eso todavía. Os llamo para preguntaros qué le habéis tomado a este hombre.

-Un burro en pelo.

-¿Y dinero?

-Tres duros y siete reales.

-Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

-Ahora dime la buenaventura -exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

-Parrón, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes..., ¡morirás ahorcado!

-Eso ya lo sabía yo... -respondió el bandido con entera tranquilidad-. Dime cuándo.

Me puse a cavilar.

Este hombre (pensé) me va a perdonar la vida; mañana llego a Granada y doy el
cante; pasado mañana lo cogen... Después empezará la sumaria...

-¡Dices que cuándo? -le respondí en alta voz-. Pues mira: va a ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo también, conociendo que el amor propio de adivino me
podía salir por la tapa de los sesos.

-Pues mira tú, gitano... -contestó Parrón muy lentamente-. Vas a quedarte en mi
poder... ¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo a ti, tan cierto como ahorcaron a mi padre! Si muero para esa fecha, quedarás libre.

-¡Muchas gracias! -dije yo en mi interior---. ¡Me perdona... después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fui conducido a la cueva, donde me encerraron, y Parrón
montó en su yegua y tomó el tole por aquellos breñales...

-¡Vamos, ya comprendo... (exclamó el Conde de Montijo): Parrón ha muerto; tú has
quedado libre, y por eso sabes sus señas ... !

-¡Todo lo contrario, mi general! Parrón vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

II

Pasaron ocho días sin que el Capitán volviese a verme. Según pude entender, no
había parecido por allí desde la tarde que le hice la buenaventura, cosa que nada tenía de raro, a lo que me contó uno de mis guardianes.

-Sepa usted -me dijo- que el jefe se va al infierno de vez en cuando y no vuelve
hasta que se le antoja. Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, a fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho la buenaventura a todos los ladrones, pronosticándoles que no serían ahorcados y que llevarían una
vejez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen a un árbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaba a mi lado un par de centinelas.

Una tarde, a eso de las seis, los ladrones que habían salido de servicio aquel día, a las órdenes del segundo de Parrón, regresaron al campamento, llevando consigo, maniatado como pintan a nuestro Padre Jesús Nazareno, a un pobre segador de cuarenta a cincuenta años, Cuyas lamentaciones partían el alma:

-¡Dadme mis veinte duros! -decía-. ¡Ah, si supierais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!... ¡Todo un verano lejos
de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos! ¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones, esa suma con que podríamos vivir este invierno!... Y cuando ya voy
de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices, ¿cómo he de perder ese dinero, que es para mí un tesoro? ¡Piedad, señores! ¡Dadme mis veinte duros! Dádmelos, por los dolores de María
Santísima!

Una carcajada de burla contestó las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el árbol a que estaba atado, porque los gitanos también
tenemos familia...

-No seas loco... -exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador---. Haces mal en pensar en tu dinero cuando tienes cuidados mayores en qué ocuparte...

-¡Cómo! --dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que
dejar sin pan a sus hijos.

-¡Estás en poder de Parrón!

-Parrón... ¡No le conozco!... Nunca lo he oído nombrar... ¡Vengo de muy lejos!
Yo soy de Alicante, y he estado segando en Sevilla.

-Pues, amigo mío, Parrón quiere decir la muerte. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos, y encomienda el alma en otros dos. ¡Preparen! ¡Apunten! Tienes cuatro minutos.

-Voy a aprovecharlos... Oídme por compasión!

-Habla.

-Tengo seis hijos... y una infeliz... diré viuda... pues veo que sois peores que fieras... 'Sí, peores! Porque las fieras de una misma especie no se devoran unas a otras. ¡Ah, perdón... no sé lo que me digo! Caballeros: ¡alguno de ustedes será padre!... ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis niños pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre viendo morir a los hijos de sus entrañas diciendo: tengo hambre... tengo frío? Señores: ¡yo no quiero mi vida sino por ellos! ¿Qué es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos
y privaciones! ¡Pero debo vivir para mis hijos!... ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara... ¡Qué cara!... ¡Se parecía a la de los Santos que el rey Nerón echaba a los tigres, según dicen los padres predicadores!...

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos a
otros... y viendo que todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió a decirla...

-¿Qué dijo? -preguntó el capitán general, profundamente afectado por aquel relato.

-Dijo: -Caballeros: lo que vamos a hacer no lo sabrá nunca Parrón... -¡Nunca!...
¡nunca! -tartamudearon los bandidos.

-Márchese usted, buen hombre... -exclamó entonces uno que hasta lloraba...

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

-¡Pronto!... ¡Márchese usted! -repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

-¿Te parece poco? -gritó uno-. ¡Pues no quiere su dinero! Vaya... vaya... ¡No nos tiente usted la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y a poco desapareció.

Media hora había transcurrido empleada por los ladrones en jurarse unos a otros
no decir nunca a su capitán que habían perdonado la vida a un hombre, cuando de
pronto apareció Parrón trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio: descolgó su escopeta de dos cañones, y apuntando a
sus camaradas, dijo:

-¡Imbéciles! ¡Infames! ¡No sé cómo no os mato a todos! ¡Pronto! ¡Entregad a este
hombre los 20 duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los 20 duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó a los pies de aquel personaje que dominaba a los bandoleros y que tan buen corazón tenía...

Parrón le dijo:

~¡A la paz de Dios! Sin las indicaciones de usted, nunca hubiera dado con ellos.
¡Ya ve usted que desconfiaba de mí sin motivo!... He cumplido mi promesa...

Ahí
tiene usted sus 20 duros... Conque... ¡en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces, y se alejó lleno de júbilo.

Pero no habría andado cincuenta pasos cuando su bienhechor le llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró a volver pies atrás.

-¿Qué manda usted? -le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad a su familia.

-¿Conoce usted a Parrón? -le preguntó él mismo.

-No lo conozco.

-¡Te equivocas! -replicó el bandolero-. Yo soy Parrón.

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta a la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó rodando al suelo.

-¡Maldito seas! -fue lo único que pronunció.

En medio del terror que me quitó la vista, observé que el árbol en que yo estaba
atado se estremecía ligeramente y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entretanto decía Parrón a los suyos, señalando al segador:

-Ahora podéis robarlo. Sois unos imbéciles... ¡unos canallas! ¡Dejar a ese hombre para que se fuera, como se fue, dando gritos por los caminos reales! ... ¡Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba

hubieran
sido los migueletes, habría dado vuestras señas y las de nuestra guarida, como me las ha dado a mí, y estaríamos ya todos en la cárcel! ¡Ved las consecuencias
de robar sin matar! Conque basta ya de sermón, y enterrad ese cadáver para que
no apeste.

Mientras los ladrones hacían el hoyo y Parrón se sentaba a merendar, dándome la
espalda, me alejé poco a poco del árbol y me descolgué al barranco próximo...

Ya era de noche. Protegido por sus sombras, salí a todo escape y a la luz de las estrellas divisé mi borrico, que comía allí tranquilamente, atado a una encina. Montéme en él y no he parado hasta llegar aquí...

Por consiguiente, señor, deme usted los 1.000 reales y yo diré las señas de Parrón, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio...

Dictó el gitano la filiación del bandido, cobró, desde luego, la suma ofrecida y salió de la Capitanía General, dejando asombrados al Conde de Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó o no acertó Heredia al decir la buenaventura a Parrón.

III

Quince días después de la escena que acabamos de referir y a eso de las nueve de
la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y
parte de la de San Felipe, de aquella misma capital, la reunión de dos compañías
de migueletes, que debían salir a las nueve y media en busca de Padrón, cuyo paradero-, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fechorías, había, al fin, averiguado el Conde de Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad
con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar a tan
importante empresa. ¡Tal espanto había llegado a infundir Parrón a todo el antiguo reino granadino!

-Parece que ya vamos a formar... -dijo un miguelete a otro- y no veo al cabo López.

-¡Extraño es a fe mía, pues él llega siempre antes que nadie cuando se trata de salir en busca de Parrón, a quien odia con sus cinco sentidos!

-¿Pues no sabéis lo que pasa? -dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación.

-¡Hola! Es nuestro nuevo camarada... ¿Cómo te va en nuestro cuerpo?

-¡Perfectamente! -respondió el interrogado.

Era éste un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mu cho
el traje de soldado.

-Conque... ¿decías ... ? -replicó el primero.

-¡Ah, sí! Que el cabo López ha fallecido... -respondió el miguelete pálido.

-Manuel.. ¿qué dices? ¡Eso no puede ser!... Yo mismo he visto a López esta mañana, como te veo a ti...

El llamado Manuel contestó fríamente:

-Pues hace media hora que lo ha matado Parrón.

-¿Parrón?.. ¿Dónde?

-¡Aquí mismo! ¡En Granada! En la cuesta del Perro se ha encontrado su cadáver.

Todos quedaron silenciosos, y Manuel empezó a silbar una canción patriótica.

-¡Van once migueletes en seis días! -exclamó el sargento-. ¡Parrón se ha propuesto exterminarnos! ¿Pero cómo es que está en Granada? ¿No íbamos a buscarlo a la sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar y dijo con su acostumbrada indiferencia:

-Una vieja que presenció el delito dice que, luego que mató a López, ofreció que
si íbamos a buscarlo tendríamos el gusto de verlo...

-¡Camarada, disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de Parrón con un desprecio!...

---¿Pues qué es Parrón más que un hombre? -repuso Manuel con altanería.

--¡A la formación! -gritaron es este acto varias voces.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó a pasar por allí el gitano Heredia, el cual se paró, como todos, a ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que Manuel, el nuevo miguelete, dio un retemblido y retrocedió
un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros...

Al propio tiempo Heredia fijó en él sus ojos, y dando un grito y un salto, como si le hubiese picado una víbora, arrancó a correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina a la cara y apuntó al gitano...

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

-¡Está loco! ¡Manuel se ha vuelto loco! ¡Un miguelete ha perdido el juicio! -exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena.

Y oficiales y sargentos y paisanos rodeaban a aquel hombre que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo a preguntas, reconvenciones y dicterios que no le arrancaron contestación alguna.

Entretanto, Heredia había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeúntes, que viéndole correr, después de haber sonado aquel tiro, lo tomaron
por un malhechor.

-¡Llevadme a la Capitanía General! -decía el gitano-. ¡Tengo que hablar con el conde de Montijo!

-¡Qué Conde de Montijo ni qué niño muerto! -le respondieron sus aprehensores-.
¡Allí están los migueletes, y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

-Pues lo mismo me da... -respondió Heredia-. Pero tengan ustedes cuidado de que
no me mate Parrón.

-¿Cómo Parrón? ¿Qué dice ese hombre?

-Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y señalando a Manuel, dijo:

-Mi comandante: ¡ése es Parrón, y yo soy el gitano que dio hace quince días sus
señas al Conde de Montijo!

-¡Parrón! ¡Parrón está preso! ¡Un miguelete era Parrón!... -gritaron muchas voces.

-No cabe duda... -decía entretanto el comandante, leyendo las señas que le había
dado el capitán general-. ¡A fe que hemos estado torpes ! Pero, ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar al capitán de ladrones entre los migueletes que iban a

prenderlo?

-¡Necio de mí! -exclamaba al mismo tiempo Parrón, mirando al gitano con ojos de
león herido-. ¡Es el único hombre a quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que
me pasa!

A la semana siguiente ahorcaron a Parrón.

Lo cual (dicho sea para concluir dignamente) no significa que debáis creer el la
infalibilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de Parrón de matar a todos los que llegaban a conocerlo... Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana; doctrina que, a mi juicio, no puede ser más ortodoxa.